

Revueltas

Y LA ESTÉTICA DEL CRIMEN

Eduardo Larrañaga Salazar



Agente del Ministerio Público: ... y todavía no se contentó usted con la forma de haber dado muerte a su víctima, sino que a puntapiés, es decir, a patadas, condujo la cabeza del occiso hasta el basurero más próximo...¹

A partir de este magnífico ejemplo de pateador de cabezas, José Revueltas construye su estética del crimen,

alrededor de lo que él mismo denomina como el *acto profundo*. En efecto, el escritor y político Revueltas desea explicarse las razones últimas del acto delictivo, con el fin de hallar alguna explicación sobre las razones de la vida. Para ello se vale de un actante (ayudante) cínico y sin remordimientos -quien ha experimentado en carne propia el encierro carcelario-, a causa de sus múltiples comisiones delictivas; es un realizador de lo que en el relato se denomina como "acto profundo". Dicha comprensión encuentra como principal opositor a la misma

ciencia, metaforizada a través del Espíritu Absoluto hegeliano. Si pensáramos en hallar algún determinador, lo encontraríamos precisamente en la oposición tan común en las ciencias sociales entre teoría y práctica.

Con respecto al plano de la profundidad, que corresponde al plano de las ideas, vemos que el relato comienza como termina; es decir, con la misma duda existencial acerca de la posición del intelectual enfrentado al Estado.

Por lo mismo, el objeto no se realiza, dándole al cuento un carácter trágico o dramático.

Creemos que el cuento tiene tintes autobiográficos, ya que fue escrito en los años de encierro de Revueltas (concretamente en 1971). De ahí que contenga una idea muy clara acerca de la postura ideológica del autor. El no premia ni castiga. Se limita a poner sobre el tapete las razones del delito para que el lector obtenga sus propias deducciones. Sin embargo, el tono trágico nos provoca lo que quiere Revueltas; cierta desesperanza.

1. José Revueltas. "Hegel y yo", en: Gustavo Sainz. Los mejores cuentos mexicanos. España: Ed. Océano, 1982, p. 57.



Los valores de la obra son los típicos de las de naturaleza

realista: libertarios, fuertes, directos, sin ambages. El crimen no tiene valoración moral; no es bueno ni malo; es una realidad. Es algo tan humano, tan natural, que sólo los historiadores o los periodistas pueden servirse de él para su uso exclusivo: lo datan, lo detallan, lo vuelven efeméride.

La estrategia del cuento es tradicional, lineal. Se distingue sólo por la inserción de un epígrafe que, a manera de introducción, nos lastima, nos llama la atención sobre las atrocidades del delito y, con ello, de la vida misma. En su planteamiento aparecen una escena y un personaje que pueden catalogarse como un sin sentido en el orden lógico del cuento: la travesía y Medarda, El juego de Revueltas, quizás, sea onírico. Incluye un sueño para subrayar aún más el caos de la vida.

Con respecto al tiempo, debemos destacar que el autor lo firma en la Cárcel Preventiva de la Ciudad de México en el año de 1971. Entonces tiene un tiempo histórico preciso: los años siguientes al parteaguas del movimiento estudiantil de 1968. Sin embargo, el relato presenta tiempos internos del pasado y del presente. Incluso uno mucho más anterior, representado por su viaje al Canal de Panamá. Es un tiempo intercalado; la atmósfera es intemporal. De ahí que el autor no trate de convencernos ni de darnos seguridad. Hay un narrador protagonista. Revueltas es el "testimoniante". Su pluma y sus vivencias son claramente detectables, localizables. Ya hemos dicho que este cuento reúne

lo onírico con el testimonio, haciendo que Revueltas se convierta en un narrador descrito. Por lo tanto, la narración nos aporta seguridad sobre los hechos y los personajes (esto significa que el objetivo se nos presente diáfano y logrado). Es convincente. Se nota la vivencia carcelaria. Sobre todo un conocimiento muy preciso de "Ejel", un personaje que debería pasar a la historia de la literatura negra.

Todo ello se ubica en un escenario mesurado, en el que las ideas cobran mayor fuerza que las acciones. Podría decirse que la índole filosófica del cuento le aporta caracteres de "tesis". En efecto, Revueltas intenta fincar tesis alrededor de lo delictivo. "Ejel", por ejemplo, no necesita ser descrito con abundancia. Su carácter es fácilmente construible a partir de su posición ante la vida. Hemos dicho que Revueltas es un autor realista. Pero como dice José Agustín, no

profesa un realismo "pedestre" que intenta copiar la realidad como un espejo. En *Hegelyyo* -quizás como en *El apando* o en *Muros de agua*— no vemos por ningún lado un afán dramatizador mediante el sumario de la vida carcelaria. Habla del mundo del encierro, pero maneja la ficción, el sueño, la pluma literaria. En fin, no es panfletaria, en el sentido peyorativo que se le ha otorgado a la literatura del realismo socialista.

El mundo de la cultura (en su sentido más general) ha edificado ciertos estereotipos sobre el universo carcelario. Es muy común pensar en él como un microcosmos insano, violento y exclusivo para los perversos. Tenemos también la imagen de la penitenciaría hollywoodense, en la que casi siempre existe un redentor, una víctima del sistema que puede sanear algo que en sí mismo (como lo explica Revueltas) no es posible de ningún cambio, simplemente por ser así. Y todavía tenemos la idea de las celdas privilegiadas donde los grandes delincuentes viven mejor que los de afuera. Esos son estereotipos. Revueltas, de la misma forma que Genet, esboza un clima diferente. Es un lugar para los asesinos, para los delincuentes; ahí están encerrados los personajes que se atrevieron a matar, porque a ello se atrevieron. Son los que usaron su fuerza y su inteligencia para alumbrar lo que de asesinos todos llevamos dentro. Y están conscientes de ello. Ese mundo, visto así, no tiene ninguna diferencia con el del exterior, ya que la naturaleza humana está hecha para todos: los de adentro y los de afuera. Lo que nos distingue de ellos, finalmente, es la realización de ese acto profundo que, insistimos, es intemporal, inmemorial, a histórico y sobre el cual no cabe ninguna posibilidad de valorización moral.

Pues bien, en abril de 1971, José Revueltas escribe el cuento *Hegelyyo* en la Cárcel Preventiva de la Ciudad de México. En este relato, como en la mayor parte de su obra, Revueltas se acerca a la estética del crimen planteada por Genet y De Quincey: la mitificación del hecho delictivo y de sus autores, la categoría liberadora del transgresor, el deseo de emancipación del orden, el delito como poder privilegiado de los delincuentes, los valores escenográficos de la pena...² A lo largo de sus trabajos construye una corte de lo criminal como una metáfora del mundo. "Ejel", personaje real o mítico del cuento, filosofa sobre el acto profundo:

El acto profundo está en ti, agazapado y acechante en el fondo de tu memoria: de esa memoria de lo *ocurrido*. Tiendes a cometerlo en cualquier momento; el que lo cometas o no, tampoco es asunto tuyo ni de que reúnas

las condiciones para ello. Se ha vuelto cosa del puro azar, al alcance involuntario de cualquiera. Bien, he dicho *cometerlo* y esto es inexacto hasta cierto punto. Es un acto que acepta todas las formas: cometerlo, perpetrarlo, consumarlo, realizarlo, está simplemente fuera de toda calificación moral. El calificarlo queda para quienes lo anotan o lo datan, o sea, los periodistas o los historiadores, que lo han de ajustar entonces necesariamente, a una determinada norma crítica vigente, con lo que no hacen sino borrar sus huellas y falsificarlo, erigiéndose así en un Mito más o menos válido y aceptable durante cierto período: Landrú, Gengis-Kan, Galileo, Napoleón, el Marqués de Sade o Jesucristo o Lenin, da lo mismo.³

Revueltas se cuestiona sobre la naturaleza del acto criminal. De ese acto producto del azar que no cabe en ninguna taxonomía del reino de lo moral. Se dice que la muerte, como la vida, responden al azar. De la misma manera, el ser criminal también es contingente. Ni el *Espíritu Absoluto*, ni la dialéctica hegeliana de la historia, por lo mismo, pueden ayudarnos a hallar las razones sobre una vida que bien puede comenzar en este preciso instante; o sobre la muerte, sobre un acto criminal que, desde el punto de vista filosófico, no tiene ninguna connotación, no tiene historia y menos aún definición. Quizá tan sólo -como señala Revueltas— para quienes se sirven de las efemérides del poder y el orden. Para Genet, incluso ese acto puede llegar a ser el supremo acto de amor de un ser humano. Maravillosa reflexión que nos permite eludir la vacía e inútil consideración de la gente como buena o perversa, ya que sabemos que toda persona puede ser, según las circunstancias y el azar, malvada o intachable. Las personas actúan dentro de determinadas circunstancias; nuestro papel vital depende de ciertos condicionamientos previos que juegan en nuestra conducta. Si enjuiciamos las conductas y ellos nos lleva a dividir a la humanidad entre buenos o malos, debemos caer en la cuenta que estamos usurpando el papel de Dios o que nos hemos puesto la gorra militar. En la tradición cristiana, por ejemplo, los santos se han visto a sí mismos como los peores pecadores. Era un reconocimiento de lo que llevaban dentro: su santidad del momento y su identificación con lo peor de los "Otros". San Agustín, que supo por experiencia lo que era ceder a la tentación, gritaba: "¡tú, Señor, fuiste quien quitaste la ocasión!" Y si la ocasión hubiera vuelto, habría vuelto la caída.⁴

A partir de aquí, José Revueltas y su personaje "Ejel"

2. Cfr. Thomas de Quincey. *De/ asesinato considerado como una de las bellas artes*. Madrid: Ed. Alianza, 1985 (El libro de Bolsillo). V Jean Genet. *Milagro de la rosa*. Madrid: Ed. Debate, 1980 (Colección literatura).

3. *Hegel y yo*, pp. 63-64.

4. Cfr. Carlos G. Vallés S.U. *Ligero de equipaje*. Tony de Mello, un profeta para nuestro tiempo. Santander: Ed. Sal Terrae, 1987.

pretenden encontrar el hilo conductor de la existencia. El primero lo hará con base en la filosofía, la razón, la ciencia; el segundo, a través de una visión cínica de la experiencia vital. En este cuento, de raíces profundamente filosóficas, se llega a la conclusión de que los paradigmas científicos de pretensión absoluta requieren del sentido común y de la experiencia. Que los dos polos no son contradictorios, sino que ambos se unen en una oposición fructífera: no hay ciencia desligada de la experiencia humana y viceversa. La intelectualidad de Revueltas, entonces, se ve enfrentada al sentido común del delincuente. Ayudante, determinante... poco importa. Después de todo, la pesadilla constante y el vómito que sitúan a Revueltas en la vigilia serán siempre recurrentes, cíclicos, pues en esta vida la realidad y la apariencia se confunden. "Ejel" le dice que "es un mal asesino". Ello explica que, aun estando dentro, para Revueltas hay algo en la condición humana que es inexplicable. Sufre el encierro, el enclaustramiento, los ilícitos extremos de la vida carcelaria y todavía, entre sueños, se pregunta sobre el homicidio de Medarda. Sí, eres mal criminal, pero vives el "apando".

Revueltas escribió *El apando* en la prisión de Lecumberri; *Hegely yo* en la Cárcel Preventiva. Su primera novela, *Los*



muros de agua, en las Islas Marías. De 1940 a 1971 (años en que vieron la luz *Los muros* y *Hegely*), el autor se dedicó a escribir sus vivencias carcelarias, como resultado de su posición "subversiva". De ahí que su estética sobre lo delictivo sea realista; un realismo enriquecido por una concepción revolucionaria del mundo. Revueltas lo definió así en el prólogo a la segunda edición de *Los muros*:

Considero a *Los muros* como una intención, una tentativa. Intención, tentativa de lo que considero realismo... Un realismo materialista y dialéctico que nadie ha intentado en México... Creo, por otra parte, que sólo sobre la línea de este realismo materialista - dialéctico se podrá llegar a escribir la gran novela mexicana.

Estas líneas, elaboradas en 1961, demuestran el intento por hacer un arte comprometido fuera del lugar común. A nuestra manera de ver, el autor construye un realismo trágico. Revueltas, en *Hegely*, no sólo soporta la condición inhumana de la celda circular, sino también la traición del compañero. Ello nos da una idea del universo carcelario, o sea, un mundo imposible de valorizar para quienes han sufrido en carne propia sus desgracias. El reo se ve obligado, por lo mismo, a metaforizarlo: lo compara con la vida. (Es exactamente lo que hace Michel Foucault en *Vigilar y castigar*.) Los muchos años que pasó Revueltas en la cárcel lo obligan a pintar dicho mundo con notorios tintes trágicos. Y lo es. Más cuando el autor se vale de un pre-texto combinado de lecturas revolucionarias y de experiencias carcelarias. El macro mundo del escritor camina de *El capital*, de Marx, al apando de Lecumberri. Es teoría y práctica; tesis revolucionaria y enfrentamiento con el Estado; oposición y represión. Entonces, sí es una obra que reconstruye la realidad. La realidad del autor, de su impotencia, de su sufrimiento y de su constante indagación sobre lo político.

Dependiendo del punto de vista de cada lector e, incluso, de cada testigo de los hechos narrados (como la revuelta del 68), los socio textos llamados *Hegely*, *Los muros* o *El apando* pueden mentir o acertar con la realidad. Los amorosos del Estado dirán que exagera y sus enemigos no vacilarán en tomar partido por Revueltas. Sabemos que los historicistas, que Lukács, que los seguidores del realismo estético staliniano dirán que en estas obras se plasma la vida como una imagen fotográfica: exacta, perfecta, con todas sus dimensiones. Pero la sociocrítica nos enseña que el macro mundo pasa a la novela a través de un filtro llamado autor; es decir, a través de una contemplación muy particular de la realidad (que la convierte en parte de una totalidad). En la literatura toda exactitud se nos presenta impertinente. Y ello porque sabemos que, en el arte, el Yo es imprescindible. En la ciencia hay que prescindir del sujeto, ya que es indispensable construir conceptos universales. Se renuncia a la subjetividad en beneficio de la verdad incuestionable. Mediante la literatura, desde luego, no debemos pretender explicar el mundo. Sin embargo, hay autores como Zola, como Balzac, como Bueno Vallejo, como Revueltas, que nos aportan su manera muy particular de ver los sucesos, y les creemos. Dicen su verdad. Esta creencia es resultado de la propia concepción del mundo del lector. Contexto que, en el caso de Revueltas, nos ofrece una nueva socialidad del socio texto: la del autor y la del receptor. Es un discurso social que acopla la experiencia vivida por el autor y la experiencia estética del lector. Quizá sólo así podamos tener una mayor aproximación sobre la vida criminal.